

EL CENTINELA DE LA HOMEOPATIA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, tres meses.	10.
Medio año.	19
Un año.	36
Provincias, medio año.	24
Un año.	40
Estranjero y Ultramar, un año.	48
Este periódico sale los dias 1.º, 10 y 20 de cada mes.	

PUNTOS DE SUSCRICION.

Madrid.—En la redaccion, calle de la Encomienda, num. 19 donde se reciben las reclamaciones, anuncios y comunicados, y en la libreria de Bailly-Bailliere, calle del Principe, num. 11.

Provincias.—En casa de los correspondientes de Bailly, ó remitiendo al administrador del Centinela el valor de la suscripcion en libranza sobre correos.

Con la impaciencia que se espera un grande acontecimiento, mucho tiempo anunciado por las mil trompetas de la fama, aguardaban los alópatas el día 8 de Enero, día que á juzgar por la expansion de sus fisonomias antes macilentas, demacradas, escuálidas, y tanto, que si Gall ó Lavater hubieran podido examinarlas, habrian hallado en ellas rasgos característicos de la plaga que afligió á España en 1812; á juzgar, repetimos, por la inusitada animacion de las caras de vinagre de los profesores de alopatía, sospechábamos que algun cataclismo científico iba á tener lugar el 8 de Enero, ó que Dios en ese día destinaba á la hermosa península ibérica el azote de la peste, y que siendo insuficientes los médicos para la asistencia de los enfermos, habrian por necesidad de recurrir las infelices víctimas á los arsenales alópatas, por tanto tiempo olvidados; ó que lloveria, en fin, en ese tan suspirado día 8 maná del cielo, que aplacara las necesidades de los estómagos, llenos de sabiduría. Pero el día 8 ha llegado, y la revolución

científica no ha venido, ni tenemos noticias de que el látigo de la justicia divina haya empujado hácia nuestro suelo el viento mortífero de la peste, ni hemos visto llover mas que agua, que mezclada luego con el polvo de las calles, ha dado por resultado el pegajoso lodo, que hemos tenido el compasivo disgusto de observar salpicado en los faldones de las casacas de los doctores en ciencias médicas, despues de haberles remojado los tobillos y quitado el lustre de los zapatos.

Aunque nada de lo que esperaban los alópatas ha llegado, y el ruido con que se anunciaba el grande acontecimiento, en acontecimiento de ruido quedó, no por eso dejará de anotarse el día 8 de Enero de 1851 en el índice ferreo de las *egecuciones* alopáticas.

Aburridos los profesores de las tres sublimes ciencias de encontrarse silvados y escarnecidos por lo que la sociedad tiene de mas ilustrado, y completamente relegados al olvido sus pergaminos, emblemas de la sabiduría, rotos sus bastones y enmohecidas sus

espátulas, determinaron tantear un nuevo arbitrio, que, á la vez que sirviera para entretener la falta de ocupacion facultativa, fuera un ariete aplicado al edificio de los mal intencionados discípulos de Hahnemann, que han dado en la farsa ridícula de curar los enfermos, que ellos, sábios y entendidos intérpretes de la ciencia alopática, destinaban al cementerio. Para llenar este doble objeto, decidióse á pluralidad de votos la fundacion de un periódico, y se anunció su publicacion en un prospecto, que nosotros, amantes de la justicia, no podemos menos de confesar, que si no probaba ciencia ni erudición en sus redactores, daba indicios de que no *egecutarian* con la literatura el fiero destrozo que *egecutaban* científicamente con sus enfermos, en los calamitosos tiempos que los tenían.

Un mes ha durado el entretenimiento; antes de los treinta dias ha venido el desengaño. El prospecto de la *Linterna Médica*, era el último esfuerzo del ingenio alópata que se extinguía, el postrer suspiro del náufrago que se tragan las olas del Océano, el último adiós del verdugo á su víctima: la mal llamada medicina alopática se despedia avergonzada, porque le habian conocido sus malas artes.

Apenas amaneció el dia de estermínio para la Homeopatía, segun aseguraban los atizadores de la *Linterna*, pusímonos de pié esperando el periódico que nos habia de insertar íntegro su testamento, porque justo no hubiera sido que muriese *ab intestato* la que tantos sentenciados habia arrancado de entre las garras de la muerte. Pasaron las primeras horas de la mañana del 8 de Enero y con

ellas fueron pasando tambien nuestros temores de oir contar la *egecucion* que se habia hecho por los sábios á nuestra querida y filantrópica doctrina. Las doce serían poco mas ó menos cuando un hombre, que no queremos pararnos á describir, tiró de la campanilla, y alargó á nuestro criado un papel, previniéndole que lo entregase á su amo. Era la *Linterna médica*.

Ya está aquí lo que aguardábamos. Media hora de paciencia y de tiempo robado á nuestros deberes, y sabremos hasta dónde alcanzan las fuerzas de los mil campeones que se han propuesto abrirnos la sepultura. ¿Si creerán los menguados que se abre la fosa para la Homeopatía, con la facilidad que se caba la zanja para sus enfermos?

El artículo primero de la *Linterna médica* abraza dos ideas capitales, expresadas en prosa tan prosáica, que no creeria nadie que conozca un poco el idioma de Cervantes, que hombres tenidos hasta aquí por medianamente instruidos, habian de escribir con tan refinado mal gusto. Dicen en primer lugar los linternereros (1) que la prensa facultativa y los señores subdelegados de medicina (2) y farmacia, se han hecho dignos de un voto de gracia, por su activa diligencia para engancharles suscritores, y que la prensa política ha merecido bien de la alopatía, contribuyendo á que acudan incautos á dejar las tres pesetas del abono anual en la administracion de la *Linterna*. Con estos elementos de

(1) Si la palabra no agrada á los redactores de la *Linterna*, que busquen otra que les cuadre mejor. Por no ofender su esquisita sensibilidad alopática no usamos nosotros la que les calificaría justamente.

(2) De alopatía, señores, de alopatía. La medicina no os corresponde.

seduccion, el número de suscritores al periódico que se apellida satírico (si Voltaire levantára la cabeza!!!) ha sido fabuloso. Nosotros que apreciamos mucho mas que los mismos faroleros ó lintneros el valor de la publicidad, unimos nuestros sufragios á su voto de gracias, y las damos cumplidas á los celosos cofrades y subdelegados, por su eficacia en hacer que el público conozca, que si los alópatas no sirven para curar, andan tambien muy reñidos con la literatura. Hasta la aparicion del primer número de la *Linterna* nos habíamos hecho la torpe ilusion, de que si los alópatas no servian como médicos mas que para martirizar los enfermos y darles el pasaporte para el pais de los muertos, servirian para alguna otra cosa útil ó recreativa; pero desde que hemos tenido el disgusto de pasar la vista por el barómetro de su instruccion, que lleva el nombre de *Linterna médica*, nos hemos tristemente convencido, que si son completamente inútiles para curar, lo son aun mas para escribir.

La segunda idea capital que campea entre el fárrago insustancial del prosáico artículo de entrada de la *Linterna*, es el símbolo, el mito, el credo, la profesion de fé (que está escitando nuestra caridad), de lo que en sus tareas periodísticas se proponen los lintneros. Entre las mil agudezas que sirven de preámbulo á la profesion, dicen enfáticamente los redactores del periódico satírico (¿si sabrán lo qué es sátira?), que «la mala causa homeopática ha tenido la desgracia de que la sensatez, el buen criterio, la filosofía y la ciencia miren á la Homeopatía y á sus defensores con la risa del desden ó con el significativo signo del desprecio.» *Risum teneatis...* ¿Con

que la sensatez, el criterio, la filosofía y la ciencia miran con desprecio á la Homeopatía y á sus defensores? Qué desgracia! Y la sensatez y el criterio de quién? de los escaroleros? porque la parte del público que hasta ahora habíamos tenido por sensato, maldice las cataplasmas, y cierra sus puertas á los alópatas. Pues si no es la sensatez y el criterio, será la filosofía y la ciencia. Esto ya no escita la risa, sino el desprecio. Filosofía! Ciencia! Palabras locas pronunciadas por papagallos, á las que se han asido sin saber lo que cogen. ¡Buena filosofía tiene la tal *Linterna*; buena ciencia es la tal alopátia! Precisamente por que el sistema de Hahnemann es el producto genuino de la verdadera filosofía, es por lo que ha llegado al punto en que se encuentra, y por lo que ha resistido á los ataques antifilosóficos, pero bruscos de sus enemigos. Justamente porque la verdadera ciencia médica no es otra cosa que el arte de curar, y los homeópatas curan las enfermedades que la charlatanería alopática no puede curar, conviene á los discípulos de Hahnemann el epíteto de científicos, cuando los partidarios de las sanguijuelas no merecen mas que el de farsantes.

Hecha la profesion de fé por nuestro colega, que escita un poco nuestra caridad, alumbra luego la *Linterna* un pesado diálogo entre los mitológicos Dioses Marte y Mercurio, que pasamos por alto, porque sobre no hacer al caso para la cuestion homeópata-alopática, no tenemos la honra de conocer á esas deidades, y no podemos hablar con propiedad de lo que nos es desconocido.

Viene despues en la *Linterna* un caso práctico soñado, escrito al pare-

cer en verso. Una Doña Liboria, que á pesar de haberse tratado homeopáticamente, se murió al fin. Nada tenemos que oponer á ese caso práctico. Si Doña Liboria habia nacido, justo era que muriese; y si en efecto ha vivido y luego murió, séale la tierra lijera. En cambio de ese cuento, hay trescientas certificaciones en las parroquias de la capital espedidas por los lintneros, de otras tantas víctimas de las sangrías, sanguijuelas y cantáridas, dispuestas en el mes de Diciembre por los alópatas. Esto en cuanto al fondo del cuento. Respecto á la forma en que está espresado el sueño, nada diremos, porque desde muy niños nos enseñaron á no hacer coplas, fundados seguramente nuestros maestros en aquel verso latino, que, no sin temor de que no lo entiendan, recitaremos á los científico-filosófico-poetas alopáticos.

Mediocribus esse poetis, non dii, non homines, non concessere columnæ.

Narrado por la *Linterna* el caso de la supuesta Doña Liboria, dirige á continuacion tres memoriales á Esculapio, solicitando que se apiade de los alópatas, cirujanos y boticarios, y les dé lo que les falta. Estamos conformes con su contenido. Para hacer memoriales se conducen como unos héroes los profesores de alopatía. Ya está el ministerio lleno de sus plegarias. Cansados de pedir en vano á los hombres, piden ahora á los dioses. Bueno es que sepan de alguna cosa. El día que la alopatía pierda el prestigio oficial, como ya tiene perdido el público, una mesita, un tintero, un cuadernillo de papel, y á un portal con la batería.

Ultimamente, el deseado periódico que estaba destinado, segun era voz y fama, á destronar la Homeopa-

tía, destrózase á si mismo tan fieramente en su última série de sandias coplas, que por temor á llenarnos demasiado de lodo inmundo, no tocamos á SUS ESTRECHOS, como titula su 5.º artículo la *Linterna*. La obscenidad en coplas, es aun mas inmoral que en prosa.

Para concluir, porque ya nos fastidia ocuparnos de quien no merece llamar nuestra atencion, diremos en suma, que si la medicina verdadera está reñida con los profesores de alopatía, el buen gusto y la poesía rechazan de su santuario á los hombres de la cantárida, la espátula y la lanceta.

Entre los repetidos casos de viruelas que han tenido lugar en el mes de diciembre último, de cuyo exantema diremos de paso que han muerto bastantes niños y algunas personas adultas, tratadas, se supone, por los diferentes métodos alopáticos, sin que los homeópatas hayan dejado de curar uno siquiera de los virulentos que han asistido, llaman muy particularmente la atencion pública los dos casos, de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores, segun han llegado á noticia del *Centinel*.

Dos Grandes de España se sintieron indispuestos, poco mas ó menos por los mismos días: la señora duquesa de San Carlos y el conde de Corres. Lo mismo la duquesa que el conde estaban en la primavera de la vida. Si la primera es jóven, hermosa, de carácter dulce, amable y de salud robusta; el conde ni era viejo, ni de naturaleza deteriorada por enfermedades anteriores, ni daba indicio por su completa salud anterior de que no pudiera resistir su vigorosa constitucion la mas grave dolencia.

Tan pronto como se anunciaron los primeros sintomas de padecimiento, hizo la señora duquesa buscar en su auxilio á un doctor homeópata. Tan pronto como los prodromos de enfermedad se insinuaron, el conde llamó en su ayuda dos profesores de alopatía, verdaderos monagos al servicio de un

tercero, que de lejos observaba, y dirigia el tratamiento.

Cuando el médico homeópata vió á la duquesa, anunció que los síntomas que la afligian eran precursores de la erupción de la viruela, y que esta tendria ocasion de manifestarse pasados tres ó cuatro dias. Examinado el conde por los dos alópatas, y despues de transmitida la historia de lo que pudieron examinar al invisible tercero, convinieron en clasificar la afección de una fiebre catarral.

Tres dias despues, la duquesa y el conde ofrecieron señales evidentes de que el anuncio del homeópata se habia cumplido, y de que el diagnóstico de los alópatas habia sido completamente equivocado: la señora tenia viruelas como le predijo su doctor; el conde tambien tenia viruelas, como no le habia anunciado ni sospechado siquiera su trinidad alópata. La fiebre eruptiva, lo fué en efecto; y la fiebre catarral, no fué fiebre catarral. Hasta aqui, la homeopatía conoció la enfermedad que trataba; la triple alopátia no solo ignoraba con qué delencia se las habia, sino que por no confesar su ignorancia, clasificaba *científica* y seguramente la afección, de lo que estaba muy lejos de ser.

La erupción de la duquesa fué completa, y las viruelas tantas y tan confluentes, que hasta el interior de la boca estaba lleno de ellas. La fiebre era alta y todos los síntomas que inducen gravedad en el pronóstico, se habian desarrollado profundamente. Tambien el conde ofreció aunque menos abundantes y mas benignas viruelas francas en todo el cuerpo.

En el tratamiento homeopático que el médico prescribió á la señora duquesa de San Carlos, no entraba para nada la decantada racionalidad de los evacuanes, revulsivos, ni sudoríficos; una cucharada de vez en cuando de agua eminentemente medicamentosa pero sin olor, color, ni sabor, era toda la molestia que la medicina la proporcionaba. El pobre conde tenia que someterse á las órdenes sanguinarias de los dos edecanes alópatas, que las traian terminantes del cuartel general de la sublime ciencia alópata: sangrias, sanguijuelas, sinapismos, diaforéticos, demulcentes, expectorantes, nada, en fin de lo que han inventado los hombres para... y Dios ha puesto en el instinto antropófago de las triangulares bocas asquerosas de las

sanguijuelas, quedó por traer en auxilio del malogrado conde de Corres....

Quince dias despues de haber puesto la señora duquesa de San Carlos su fiebre eruptiva bajo el tratamiento de la farsa y la charlataneria homeopática, estaba completamente restablecida de sus viruelas y hoy sin señales siquiera de haberlas padecido.

Quince dias no habian pasado desde el primero en que el conde de Corres colocó bajo la salvaguardia de la sabiduría alópata su fiebre tambien eruptiva, y martirizado por la ciencia más todavia que por la enfermedad, llevó al sepulcro sus viruelas sin concluir de superar, no obstante el profundo conocimiento que de la naturaleza del mal y los grandes recursos de los dos sábios visibles que le trataron, y del otro mas sábio aun, que trasmitia las órdenes y destellaba ciencia á torrentes por conducto de sus edecanes encargados de la *ejecucion*.

El CENTINELA, que no solamente carece de las relevantes prendas que constiuyen un *sábio* sino que posee todas las negaciones que dan origen á la torpeza y aun á la estupidez, desearia que la *Linterna* médica, que debe saber, porque nada hay oculto á su luz, la causa de esta curacion y no curacion, se tomara la molestia de dirigir una ráfaga de sus rayos hácia nuestro torpe entendimiento, iluminándonos sobre los arcanos de su iglesia, que tan cerca está de la sepultura; y decirnos en qué consiste que las enfermedades, aun las mas graves encuentran curacion radical en manos de los homeópatas, y las dolencias, aun las menos peligrosas, tratadas por los *sábios* alópatas, terminan en la muerte.

SECCION CLINICA.

Los vientos frios y secos que han reinado en estas últimas semanas han sido causa seguramente de que se desarrollen muchas afecciones agudas gravísimas de los órganos pectorales. Las pulmonías han sido frecuentes y la muerte ha perdonado muy pocas personas atacadas de esta enfermedad, de las tratadas, se supone, por nuestros queridos alópatas, con sus lancetas y sus gusarapos. Los sepultureros deben estar muy agradecidos á estos señores, por los emolumentos que su ciencia les ha proporcionado. En

cambio los deudos y amigos de los *científicamente* enviados al cementerio, reniegan con toda su alma de la mortífera *sabiduría* alopatía y protestan no caer en la tentación de que los sabios y las sabandijas les chupen las *sangres* cuando estén enfermos. Pero como en este mundo pecador todo está, ó debe estar compensado, si á los alópatas se les han muerto todos ó casi todos los enfermos que han asistido de pulmonía, los homeópatas no han tenido que dar una certificación siquiera, para que el Campo Santo se abra á ninguno de los pulmoniacos que han estado bajo su tratamiento. Y no será porque no han tenido que prestar auxilios á muchas personas atacadas de esta dolencia, tan terrible segun los sangradores, tan de poca gravedad, segun los discípulos de Hahnemann: los profesores de alopatía, saben bien que si en los registros parroquiales no se halla una certificación expedida por un médico homeópata, no será, gracias al buen sentido del público que estima su salud, porque no tengan enfermos que visitar. Al contrario, cada uno de los profesores de Homeopatía tiene tantos enfermos que asistir, como veinte alópatas juntos, y de ello podrán certificar las listas de contribuciones de subsidio, en las que aparece incontestablemente el valor de cada una de las dos escuelas, y el correspondiente á cada uno de los profesores. Además, los albéitares aseguran que las herraduras de los tiros que sirven á los homeópatas, se renuevan semanalmente, cuando los pocos rocinantes matalones, que conducen á alguna que otra de las momias alópatas, que por regla general marchan á pié y muy despacio, no rompen una herradura cada seis meses.

Hernia umbilical estrangulada, con miserere, curada homeopáticamente por el Dr. D. Francisco Tejera.

Doña N... de 52 años, temperamento linfático, sumamente obesa, sufría desde la edad de 38 una hernia umbilical, que apenas le causaba desde su aparición la menor molestia, habiendo llegado á la edad crítica y pasado de ella sin experimentar accidentes de gravedad.

Durante la noche del 22 de Junio del año último, sintió esta señora atroces dolores en la region umbilical, con aumento considerable del volumen de la hernia, que en dicho punto sufría. Cada vez fueron estos haciéndose mas insuportables, y suponiendo la paciente que podrian ser efecto de una indigestion, tomó repetidas tazas de té, que no sirvieron para otra cosa que para agravar su dolencia. En este estado, decidieron por la madrugada los parientes de la enferma recurrir á los auxilios de la homeopatía. El doctor Tejera, la vió á las nueve de la mañana, y la halló con los siguientes síntomas: decoloración del semblante, ojeras lívidas, frialdad de todo el cuerpo, pequeñez del pulso, dolor quemante en la region umbilical en la estension de cua-

tro pulgadas de diámetro, dimension que tenía el tumor, el que presentaba arborizaciones venosas del calibre de una pluma de gallina, vómitos biliosos y voz débil y entrecortada. La dispuso dos glóbulos de... para tomar una cucharada cada hora, y dejó la enferma, sin emplear medios quirúrgicos, á la sola acción del medicamento administrado.

A las doce y media (*segunda visita*) los vómitos eran estercoreáceos, y la paciente, aunque con voz casi apagada, decía al doctor: «*Sr. Tejera: lo que arrojé por la boca, es lo que debía salir por el ano; y no me cabe duda, porque lo masco.*» Había arrojado en varias veces medio orinal con todos los caracteres físicos de heces ventrales. Todos los síntomas se habían graduado; el tumor estaba negro en su parte superior, el pulso mas pequeño, el semblante descompuesto y un sudor frío cubría todo su cuerpo.

Sin embargo de su estado alarmante, dió esperanzas á su esposo, fundado en la enérgica acción del remedio que se hallaba indicado, y que se le dispuso. El buen efecto del medicamento administrado no se hizo esperar mucho tiempo; á las dos se estableció la reacción, los vómitos cesaron desde las tres, continuando solo el dolor en la region umbilical hasta las cuatro y media de la tarde, hora en que se redujo por sí sola la hernia, cesando el peligro.

Quedaba aun que combatir el estado de los intestinos por la estrangulación que sufrieron, y los efectos del paso de las heces ventrales por el estómago, esófago y fauces.

Especialmente lo último produjo una sensación de escoriación con ardor en todo el esófago y fauces que con dos glóbulos de desapareció al medio día del 24, segundo de tratamiento, sin resentirse nada el vientre, y haciendo la enferma una deposición blanda.

El día 25, tercero de tratamiento, siguió bien, desapareció el mal gusto de boca, la capa blanquecina de la lengua, y podía apreciar el sabor de los alimentos, y como continuase en estado satisfactorio, se la permitió levantarse y comer segun su apetito, suspendiendo el uso de todo remedio.

Los días 26 y 27 siguió perfectamente, y salió á paseo el 28 sin haberse resentido hasta hoy por aquella gravísima dolencia.

Los señores cirujanos, que suelen intentar *científicamente* la reducción de las hernias á estrujones y puñetazos, martirizando al enfermo sin mas resultado que la agravación de los síntomas locales y generales de la afección, pueden tomar la historia que antecede como un ejemplo del poder de los medicamentos homeopáticos para curar las que pretenden llamar enfermedades, correspondientes al dominio de la cirugía, y aprender en ella lo absurdo de sus medios para tratarlas.

Pulmonía fulminante curada homeopáticamente por el Dr. D. A. A. y G.

En la calle Mayor núm. 78, vive una señora, que gozó de buena salud hasta la edad de 18 años, en que aparecieron unas manchas herpéticas en el dorso de las dos manos, y tratadas con varios ungüentos y po-

madras, llegaron por fin á desaparecer, y con ellas un prurito incómodo que obligaba á la paciente á rascarse sin intermision, principalmente en la cama por la noche. Despues de esta época vivió por algun mes esta señora muy satisfecha de la medicina y de su médico, sin prever las molestias y nuevos sufrimientos mucho peores, que la esperaban de la insuficiencia de la medicina alopática. Asi es que al poco tiempo de haberse suprimido la erupcion herpética, que en concepto del facultativo y enferma quedó curada, sobrevino una tos ligera producida por un cosquilleo en la garganta, que se agravaba por la noche y en la cama: esta tos se hizo luego tan intensa y pertinaz, que incomodaba demasiado á la paciente, casi á todas las horas del día; y por la noche, sin poder descansar, la pasaba toda sentada en la cama, esforzándose en vano para entregarse al sueño, que si conseguia quedar dormida, venia al momento la tos á despertarla.

La buena constitucion y robusted de esta señora, fuéron causa de que la tos, acompañada por lo regular de muy poca expectoracion, siendo tan fuerte, no hubiera producido estragos de consideracion en tantos años como la estuvo sufriendo, cuando el encendimiento del rostro, el dolor de cabeza, del pecho, vientre, el quebrantamiento general y respiracion agitada, eran todos síntomas que en momentos dados se exasperaban sobremanera. La mal llamada medicina, á pesar de que lleva ó la dan el nombre de racional, la medicina de los siglos, la alopátia, ofreció desde luego sus drogas y brevages á la enferma, y el médico alopata, sin fijarse ni buscar la causa que sostenia la tos, empíricamente propinó los medicamentos que le parecieron adecuados para combatirla: mas la tos lejos de ceder, se graduaba en intensidad y frecuencia, y el profesor encargado de la curacion de esta dolencia, no vió otro recurso que apelar á los calmantes, á estos medios tan herbícos, y de paso tan racionales, que ya el Hipócrates inglés apropiado de ellos, dijo: «si me quitasen el opio de las boticas dejaria de ser médico, renunciaba al ejercicio de mi profesion.» Así pues, y aun cuando otra autoridad no hubiese que la de Sydenham, la paciente accedió á una nueva medicacion y todos los días al irse á la cama por la noche, tomaba una píldora de opio con la que la tos se calmaba y conseguia dormir. Aun cuando la enferma dormia, no por eso el sueño era tranquilo y reparador; así es que por la mañana se encontraba con pesadez y dolor de cabeza, mucha torpeza en los sentidos, con grande flojedad y postracion de fuerzas, y cuando el efecto primitivo del opio terminaba, al presentarse el efecto secundario, la tos era intensa y pertinaz como nunca. Cansada ya esta señora de tantas píldoras sin encontrar el mas ligero alivio, no sé quién hubo de decirle que el opio sin curarla, acabaria pronto con ella, y que se acogiése á la Homeopatía si queria ponerse buena sin menoscabo ni deterioro alguno en su salud.

Yo fui el encargado del tratamiento homeopático, y antes de medicinar á la paciente, traté de averiguar la causa que sostenia la tos, fijándome desde luego en las herpes que aparecieron en las manos, que, al suprimirse sin ser curadas, cambiaron del lugar, atacando á la garganta. Propinado el medicamento adecuado, la enferma pudo dormir ya desde la primera noche sin necesidad de tomar la píldora que proscrubí completamente, y con cinco medicamentos diferentes

que habia tomado esta señora, ya la curacion tocaba á su término.

En este estado tan satisfactorio, no solo respecto á la tos, si que tambien á los síntomas arriba anunciados, en el mes de agosto próximo pasado, dejó esta señora muy temprano la cama, mandó abrir los balcones de su casa, y espuesta inadvertidamente á la corriente del aire, sintió luego un ligero calorío por todo el cuerpo con algun estremecimiento, abriéndose tambien bastante la boca, tomó con repugnancia el chocolate y al beber el vaso de agua quedó como herida de un rayo y ya no pudo volver por su pie á la cama. Llamado para socorrerla, vi la grande postracion en que se encontraba, tenia un poco de fiebre, mucho dolor de cabeza, alguna dificultad para respirar, y unos vómitos amarillo-verdosos, tan frecuentes, que tenian rendida y sumamente quebrantada á la enferma. Buscando la causa de este trastorno, me fijé tambien en el humor herpético, porque ya no son solo las enfermedades crónicas las que están sostenidas (entre otros), por el miasma psora, sino que igualmente muchas de las agudas. Por eso recurrí al medicamento adecuado para combatir los vómitos que en el mismo día se cohibieron quedando el estómago en la mas completa calma.

Al día siguiente muy temprano, tuve un nuevo aviso de que esta señora no podia respirar, que se ahogaba por momentos, que acababa de ser acometida de una pulmonia fulminante. Con la velocidad del rayo fui á socorrer á la enferma, y efectivamente, era una pulmonia que con espada en mano estaba poniendo término á su existencia, tal era la congestion del pulmon que no admitia la mas pequeña cantidad de aire, el dolor gravativo del pecho, particularmente del lado derecho, la fiebre y el dolor de cabeza, con una tos fuerte y sin poder toser, porque la opresion y dolor del pecho no se lo permitia. Saco mi caja del bolsillo y al echar tres globulitos en medio vaso de agua para que tomase la enferma una cucharada de media ó de hora en hora, ó á mayores intervalos, segun que los síntomas fueran ó no cediendo, hubo un incidente que no resisto al deseo de referirlo, porque cuanto mayores sean las pruebas por donde la Homeopatía pase, el triunfo será tanto mas glorioso. Se me hizo, pues, una interpelacion por un caballero que se hallaba en el cuarto de la paciente, indicándome que si bien era cierto que la Homeopatía hacia milagros en las enfermedades crónicas, no admitia esta virtud en la doctrina homeopática para las dolencias agudas, y mucho menos para el padecimiento que tenia á la vista, en el que conceptuaba necesario abrir, no solo una vena, sino cuatro ó mas á la vez, y que solo las evacuaciones de sangre eran el único medio con que la enferma podria aliviarse, ya que no se salvara siendo el ataque tan fulminante.

Atacado yo de este modo y con mas fé y decision por la Homeopatía que el mismo Hahnemann, si permitido me es hablar de este modo, contesté á mi interpelante: es muy cierto que la Homeopatía hace milagros en las enfermedades crónicas, pero tambien ha bajado del cielo para las enfermedades agudas, y no parece sino que la Divinidad en estas ha dado á los globulos una virtud, accion y eficacia tales, que cuanto mayor es el peligro, con tanta mas prontitud se conjura, como lo va V. á ver en esta pulmonia, que antes de que transcurran tres horas, habrán desaparecido los temores que hay por la vida de esta seño-

ra, y este lenguaje que empleo, me lo ha enseñado la experiencia y práctica que tengo en el ejercicio de la Homeopatía. y de que este resultado se obtendrá, doy todas las seguridades y garantías que puedo dar como hombre y como médico.

Efectivamente, á la tercera cucharada de agua que tomó la enferma, empezó esta á respirar y toser con alguna mas libertad, y á las 24 horas la fiebre casi habia desaparecido del todo, el dolor de cabeza era insignificante, daba alguna que otra vuelta en la cama para variar de postura, la sed apenas la molestaba comparativamente al día anterior; y solo el dolor al costado era aun bastante agudo, principalmente cuando tosía, y la expectoración era fácil si bien sanguinolenta y roja. Pongo en medio vaso de agua tres glóbulos de otro medicamento, y á las pocas cucharadas desapareció el dolor del costado, pero la expectoración era abundante, de mal olor, de sangre pura y color obscuro, acompañados estos síntomas de una adinamia incipiente, de una postración y pérdida de fuerza, que confieso me puso en cuidado como nunca. Mas el homeópata que lee en el porvenir, que está siempre en guardia y con ojo alerta á todos y cada uno de los síntomas de un padecimiento; sin pérdida de tiempo prescribió el medicamento adecuado á una expectoración de tan mala naturaleza, y ciertamente era admirable como en tan pocas horas cambió la expectoración de color; se convierte en mucosa clara, y al quinto día que fui á ver á la enferma, quedé dulcemente sorprendido viéndola sentada en la cama, pidiéndome con las mayores instancias permiso para levantarse porque ya estaba completamente buena, y que la diese de comer. Si no en aquel momento, no tardé mucho en acceder á sus deseos, y esta señora quedó completamente curada y sin necesidad de tomar ningún medicamento mas para su restablecimiento; y para la los tampoco se ha hecho necesario otro ninguno.

De esta manera tan sencilla y con cucharadas de agua clara se curan las pulmonías fulminantes; y si esta de que me estoy ocupando hubiera caído en mis manos hace seis años, es mas que probable hubiera mandado á la enferma á la eternidad, no sin sacrificarla antes con sangrias, sanguijuelas, sinapismos y cántáridas, que son las espuelas con que tanto pródigo se despidió de esta vida para la otra. Sin embargo, los alópatas no por eso escarmentan: *sit nomen Domini benedictum*.

Madrid Enero 6 de 1851.

Dr. Anastasio Alvarez y Gonzalez.

VARIEDADES.

MUSEO DE PINTURAS Y ESCULTURA.

GALERIA DE CUADROS VIVOS.

Reflexiones.

Continúa cerrada la galería y completamente á oscuras. La luz de *La linterna* no ha llegado á ella, y si ha llegado, ha sido con tan *fatuos* resplandores que nos ha sido imposible distinguir á qué familias pertenecen los animales que encierra el Museo. Si otra vez nos ilumina mejor, estudiaremos y trasmi-

tirémos á nuestros lectores el resultado de nuestras observaciones.

Leemos en el *Heraldo* del 7 de Enero:—«El Sr. marques de Claramonte, á quien se habia dado por muerto dias atras del mal llamado *melena*, por el que llegaron á desahuciarle los excelentes médicos alópatas que le asistían, está ya en plena convalecencia, merced al tratamiento del señor Nuñez, desde el principio del cual data la mejoría. Hé aqui, en nuestro concepto, el mejor modo de argumentar en medicina.»

Recomendamos á la *Linterna*, este caso para que le alumbre con sus rayos *fatuos*.

ANUNCIOS.

LIBRERIA ESTRANJERA, CIENTIFICA Y LITERARIA DE CARLOS BAILLI-BAILLIERE.—MADRID, CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 11.—*Tratado práctico de terapéutica homeopática* de las enfermedades agudas y crónicas, por el Dr. Hartmann. Madrid 1850, dos tomos en 8.º marquilla, de unas 500 páginas cada uno.

Tres ediciones sucesivas de la obra de Hartmann hechas en poco tiempo, prueban su importancia y manifiestan el talento práctico con que la ha sabido tratar. Esta obra, complemento indispensable de las hasta ahora publicadas, no solo coloca al autor á la altura de los primeros discípulos de Hahnemann, sino que ha hecho un inestimable servicio á la Homeopatía enriqueciéndola con lo presente de que carecía, y con la cual, además de facilitarse mucho el estudio de los medicamentos, coadyuva poderosamente á obtener felices resultados por el buen orden y método, observados en su composición.

DOCTRINA Y TRATAMIENTO HOMEOPATICO DE las enfermedades crónicas por el Dr. S. Hahnemann, traducido por Torres Villanueva, Madrid 1849, un tomo en 8.º, 6 rs.

TRATADO COMPLETO DE MEDICINA VETERINARIA homeopática, ó tratamiento homeopático de las enfermedades del caballo, mula y asno; del buey, oveja, cerdo, cabra, perro, gato, aves de corral y enjauladas, seguido de una *Farmacopea homeopática veterinaria* y de un *Memorandum terapéutico* para el uso de los profesores dedicados á la ciencia de curar los animales domésticos, de los ganaderos, labradores y simples particulares, por Gunther y W... Traducidos del alemán al francés por Martin y Sinra-sin, y al castellano con muchas adiciones por D. Nicolás Casas, director y catedrático en la escuela superior de veterinaria de Madrid, etc. Madrid 1850, un tomo en 4.º de unas 500 páginas, 28 rs.

MADRID.—1851.

Imprenta de D. A. Sta. Coloma y Compañía.
calle de la Encarnación, núm. 19.